

Aldo Torres-Púa

La malva y el asfódelo

¡Insensatos! No saben hasta qué punto la mitad a veces vale más que el todo, y hasta qué punto son un gran bien la malva y el asfódelo.— *Hesíodo*, en «Los trabajos y los días».

I



TODO está unido y separado. El mismo espacio que nos une, nos separa. Somos libres, es verdad; pero la condición es la distancia perfecta. ¿Qué somos, pues, sino distancias?

II

El espíritu en acción es la perspectiva del ser; es su fuerza centrífuga, su proyección.

Es necesario encender las arenas del espíritu, hasta que el mundo se convierta en una imagen.

La disyuntiva, frente al espíritu, consiste en saber

si lo avivamos para que ilumine o para verificar, con la suya, la extinción de todas las cosas. De aquí que sea una esperanza, para unos, y una tragedia, para otros.

III

Cuando niños, desdibujados en la penumbra del naciente nocturno, nos deleitaba jugar con ciertas piedras blancas, que llamábamos de fuego. Cascábamoslas unas contra otras y la sombra se poblaba de fugaces fulgores.

Con otras piedras, grises, bañándonos en un río, durante los veranos, producíamos sonidos que se prolongaban, vibrando, dentro del agua transitoria.

Unas y otras piedras parecía que se vaciaban, que se quedaban huecas; sin embargo, eran inagotables de fuego y de sonido.

IV

El hombre, mediante ciertos convencionalismos, simula equilibrio entre el instinto de odio y el instinto de amor; los administra de perfil, con frialdad y egoísmo. Sólo la cultura los conjuga y emplea tal cual son: Contornos de la fuerza vital indivisible, sin los cuales ésta se desintegraría estérilmente.

El ave se define por las alas, pero su cifra es la unidad.

V

La trayectoria humana comienza y se extingue en humedad. Esta lo impregna todo con sus líquidas agujas. Florece la violencia del placer, y ahí relumbra el vidrio arrugado de su huella, como un abandonado traje de novia; la tristeza y el dolor levantan sus torres sombrías, y ahí se derriten espejos y vitrales.

Las culturas, que son la proyección del hombre, del agua han extraído vida y de la sangre, muerte.

Agua y sangre, todo es humedad. Alfa y omega del ser, acaso sea ella la primera y última linde de su reino.

VI

Remontemos el mundo exterior. La tarde es una límpida copa de frescura. Sentémonos bajo los dorados tilos que vibran como constelaciones. ¡Oh transparencia del ámbito profundo! Espadas huérfanas de sus vainas de hojas, algunas ramas traspasan a fondo el corazón del aire.

Las resonancias urbanas suben a cristalizarse en la flor del vacío. El mundo entero se diluye en párpados o en hojas.

VII

Hay individuos, seres, almas, que vienen a este mundo para desplegar sus alas en el espacio superior;

pero deben postergar el vuelo por el lastre de una morbosa realidad.

El ave triunfal es substraída de las más altas cantidades del cielo, para luego constreñirla en una gota de sudor o en un suspiro.

Esos individuos, esos seres, esas almas, son águilas prisioneras del barro.

VIII

Cuando escribo—con el lápiz, con la pluma—innumerables manos, como en reiterado vuelo de palomas, descienden sobre el papel y entran en mi diestra, lo mismo que una mano femenina en la suave cavidad del guante. Pero también llegan voces remotas y entran en la atmósfera de mi éxtasis, igual que las abejas en las flores.

Y ya no sé si es mi voz la que escribe o si es mi diestra la que canta.

IX

El yo resplandece en el ojo; en todos, en cada uno de los sentidos. Mas toda llamarada debe morir y sobre el resplandor del yo también pende el clamor de la declinación. Un día no quedará más que el ojo total del firmamento y en él, sin duda, se contemplará la eternidad, cuyo precio es exterminio.

X

El pensamiento es cauce de lo esencial; es la embriaguez del universo. Hace vasos comunicantes de los seres y las cosas. Respecto de la existencia humana, es como el escoplo de la llama que incursiona en el espacio.

Es otoño agazapado; es eterna primavera.

XI

¡Cuánto más pequeño es a mis ojos el niño que mendiga! Tiende la diestra diminuta y mustia. Coge el trozo de pan que una mujer le obsequia. Y sus tristes pupilas le iluminan el rostro con un indeciso resplandor. A sus pies descalzos, un perro en miniatura, sucio, también escuálido y marchito, bornea, indeciso, el índice compendiado de su cola.

Ambos comparten el regalo. Dar y recibir son la diástole y sístole de un latir que no cesa.

XII

A veces, me abstraigo en medio del fragor urbano y me paro a evocar el primer sonido, el primer ademán, la primera idea. Entonces, como herido por una flecha veloz, que no detiene su vuelo ni acaba nunca de pasar, se ahonda en mí la nostalgia de aquel soni-

do, de aquel ademán, de aquella idea, y son cual peces remotos en el piélago de mi existencia.

¡Oh nostalgia, súbita y eterna y dolorosa!

XIII

Si nos han robado la risa al nacer, no vale lamentarlo. Llegará el instante de la restitución y nos la devolverán. Pero queda el misterio de con qué hemos reído hasta ahora. Pues con el eco de la muerte.

XIV

Palpo una roca, un árbol, una casa, y siento deslizarse mi corazón por el punto mismo del contacto. De pronto, ya no sé si el caudal de vida surge desde la piedra viva de mi corazón o si es un eco, simplemente, del entrañable sueño de la roca que palpo, del transparente fluir del árbol o del nativo silencio de la casa.

Cuando me acuesto, por las noches, mi corazón está en la cabecera y labra la urna de los sueños.

XV

Llego a mi casa. Es medianoche. Estoy comiendo uvas, con un trozo de pan, cuando siento y descubro una hormiga que circula, empavorecida, por los dedos de mi diestra, que muevo a compás entre la boca y el racimo. Otra corre a zancadas sobre la nieve del mantel. Otra. Y otra. Y otra.

Invadieron la casa este verano. He descubierto caravanas de ellas por las calles. Mi odio ha llegado a substituir al amor que, por ellas, nos inculcó la leyenda infantil, en desmedro de la cigarra melodiosa.

Sacudo mi mano y la hormiga cae. Le aplico la yema de uno de mis dedos y la aplasto, una, dos veces. Y una y otra vez, la pobre, vaciado el vientre contra el paño de la mesa, se endereza en una poderosa torsión que la agiganta ante mis ojos. Mas al fin se queda inmóvil.

Sucumbió a su muerte exterior. Y dentro de mí, cual un eco remoto, percibo el tic-tac del tiempo en que se labra mi muerte: La interior, la propia. Elegid, pues, vuestra muerte.

XVI

El pensamiento, como la tenue araña, elabora y utiliza su propio camino para descender a los abismos que parecen insondables. Su historia queda grabada por lo permanente en lo que muere.

XVII

El pensamiento con buenas piernas, con buen estómago y con buena cabeza y la nariz sumergida en el futuro.



El amor es todo eso turbio y abrasador; pero también está en las sienes y en los párpados.

Un hombre y un volcán son una misma cosa. Basta compararlos.

El pensamiento nuevo y el árbol primaveral tiemblan cual vísceras al aire libre.

XVIII

Los dientes de la risa se desarrollan horrorosamente, Cuando reímos, es la bestia enjaulada que pasa o la muerte que asoma.

Lo primero que hacemos o que nos obligan a hacer, al llegar al mundo, es llorar; lo último que hacemos, aun cuando ello ya no depende de nosotros, es reír.

El llanto, que se asocia siempre a la tristeza, significa vida; la risa, que se asocia siempre a la alegría, significa muerte.

XIX

Los sentidos asimilan y eliminan, cada uno de ellos, ni más ni menos que un estómago. Sólo el garfio del

ser los conserva unidos. Somos, pues, un sistema de estómagos, o de amibas.

¡Cuán cerca nos hallamos de nuestro origen! Lo llevamos adherido a nuestra espalda. Pero en la piel del pecho limitamos con la eternidad.

XVIII

Los dioses de la risa se desbaratellan horrorosamente. Cuando reímos, es la boca enajenada que pasa a la mente que se desbaratella. Los poetas que habíamos o que nos obligan a hacer, al llegar al umbral, se lloran; lo último que hacemos, aun cuando ello ya es depósito de nosotros, es reír. El llanto, que se asocia siempre a la tristeza, significa vida; la risa, que se asocia siempre a la alegría, significa muerte.

XIX

Los sentidos animales y químicos, cada uno de ellos, ni más ni menos que un estómago. Sólo el gusto del